

ceres de carnaval, con sus bailes de *posadas*, con sus mujeres si-
renas que adormecen cuando cantan, que tienen tan leves las
plantas que ni huellas dejan al pasar, con sus distinciones polí-
ticas, científicas ó literarias?

Pero dejemos tan larga digresion, que solo ha servido para
disculpar el olvido de Fernando.

Al cabo de un año, en el corazon del jóven entraba Clemen-
cia como un dulce y querido recuerdo de juventud nada mas;
acaso como una mujer que debia ser su esposa algun dia para
cumplir su compromiso de corazon; ¿pero cuando llegaria ese
dia? ¡quién sabe! como un leve remordimiento que se procura
acallar con la resolucion de ejecutar una reparacion y de justifi-
car su actual conducta con esa satisfaccion que se cree dar á las
mujeres aceptándolas por esposas, por mas que se las haya ul-
trajado: algunas veces como una amarga tristeza y un deseo pa-
sajero de volverla á ver para demandarle perdon por un olvido
tan criminal y al mismo tiempo tan involuntario.

En un año, solo habia escrito cuatro cartas, incluidas en las
que enviaba á don Estévan, para contestar á un número triple lo
menos, que la pobre niña habia escrito vaciando en ellas todo
su corazon.

Pero para que podamos comprender el estado del corazon del
jóven, buenó es que tomemos el hilo de los sucesos presentes.

Deciamos que es una tarde de Octubre de 1812.

Con respecto á Hidalgo ya se sabe lo que ha sucedido.

Fué hecho prisionero en las *Norias del Bayán*, conducido á
Chihuahua, insultado, escarnecido y condenado á ser degrada-
do, fusilado por la espalda procurando conservar la cabeza para
esponerla en una escarpia en Guanajuato, á la pública especta-
cion para *escarmiento de traidores*.

Pero de su tumba se levantaron millares de guerreros, que
ahora acaudillan Morelos, Rayon y otros muchos, casi toda la
Nueva-España está ocupada por ellos y ya han pasado dos años
de una lucha sorda, tenaz, sin tregua, que solo debe terminar ya
con la independenciam del país.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

XVII

66610025 MONTERREY, MÉXICO

LA NOVELA.

Aquella noche daba la corte al virey Venegas un magnífico
baile, para solemnizar una derrota dada á los rebeldes por las
tropas españolas, hácia el rumbo del *Bajío*.

¡Bendita mision la de los cortesanos, de levantar orgías sobre
ruinas, de brindar al derramamiento de la sangre del pueblo.

Este debia tener lugar en la suntuosa morada del conde de....
en la calle de don Juan Manuel.

Fernando debia acompañar al virey, y aun no eran las ocho
de la noche, cuando ya el jóven estaba lujosamente ataviado y
se paseaba con impaciencia esperando las diez, que era la hora
á que el virey debia de salir de palacio, en una habitacion de su
morada situada en la calle hoy llamada del *Indio triste*; pues
su tío el brigadier habitaba en palacio.

Hacia seis meses que el amor de una hermosa cortesana traia
delirante y distraido al jóven, y comprenderemos su impacien-
cia cuando sepamos que esa cortesana debia asistir al baile.

A las diez se presentó en el baile el virey.

Todos al verle se inclinaron respetuosamente y el conde de... le condujo á una especie de dosel, que se habia formado en un tablado, que ocupaban los notables personajes que le debian hacer corte.

Era un espectáculo hermoso el que presentaba el inmenso salon, profusamente iluminado con magníficos grupos de candelabros de plata, y adornado con cuanto prodigio de hermosura, de juventud, de riqueza, pueden contemplar duslumbrados unos ojos.

Se abrió la danza con uno de esos wals, que hoy parecen ridículos porque nos imaginamos verlos ejecutados por los ancianos que de ellos nos hablan; pero que no carecia de gracia, arte y blando compás.

Fernando se aprovechó de la distraccion del virey que conversaba animadamente de política con don Juan Lopez de la Cancelada, órgano ciego de su gobierno y editor de la "Gaceta de México," para confundirse en el torbellino de parejas, hácia un sitio de donde no se habian apartado un solo momento sus ojos desde que llegó al baile.

Y por cierto que estaba interesante el jóven.

Vestia una casaca de paño de grana finísimo, cerrada sobre su pecho con botones dorados y que hacia resaltar mas la elegancia de sus formas y la esbeltez de su cintura y un pantalon de ese paño blanco que se llama de ante, con franjas de oro; pendía á su cintura un espadín, verdadera arma de baile, tan delgado como un florete y sus manos finas y perfectas se encerraban en unos guantes de color amarillo leve.

Su fisonomía tan hermosa, brillaba con la espresion del entusiasmo amoroso.

Ya que no podemos contemplar á todas las personas del baile, ni seguir ese hilo enredadísimo de pequeñas intrigas de toda especie que en esta clase de fiestas tienen lugar; procuremos contemplar á las que algo mas conocemos y seguir el hilo de las que mas atañen á nuestra verídica historia.

Y con razon hemos comenzado por una, porque era la que atraia mas miradas y despertaba mas deseos.

Era una mujer hermosísima vestida con un traje blanco com-

pletamente; pero tan bella, tan voluptuosa, tan fascinadora, como la hemos visto una vez en su palacio de la calle de Capuchinas.

Era doña Regina, mas radiante que nunca, vengándose de la sociedad con solo su hermosura. Era doña Regina la enemiga mortal del pueblo, el ángel malo de Hidalgo, ese pobre anciano que un dia abogó por la causa del pueblo y á quien el porvenir preparaba el asesinato.

Era doña Regina el *angel-demonio*, ídolo de la aristocracia, en medio de esa su aristocracia querida, que habia jurado el mal de los que osasen alzarse hasta ella.

Era doña Regina, que hacia solo dos años se habia presentado en la corte mexicana, enloqueciendo á los que la veian con su hermosura de reina, admirando con su lujo escandaloso, deslumbrando con su gusto esquisito en el vestirse.

Acompañábala ahora como algunas otras veces, un hombre muy pálido, rubio y que por su traje y sus maneras revelaba desde luego pertenecer é una elevada categoría social.

Era don Juan de Enriquez su amante de un dia, el traidor asesino de Hidaigo y Gil Gomez, ese hombre resuelto y siniestro, que habia sacrificado dos hombres por un lúbrico deseo.

En grupo de militares de la suprema categoria, conversava con su animacion y franqueza de siempre, don Rafael de Gomez el brigadier, el tio de Fernando á quien hemos visto en San Roque ha mas de dos años y que en este tiempo ha vivido en la capital con su sobrino, tocándole la fortuna, como él dice de no haber tenido todavia que combatir nunca contra sus hermanos los insurgentes, pues cree que cuando llegue ese caso, tendrá tal vez que abandonar al virey, de quien tantas particulares mercedes ha recibido.

Fernando se acercó á doña Regina que se apoyaba indolentemente en el brazo de don Juan, dando vueltas por el salon y con un acento trémulo por el amor le dijo en voz baja:

—Por fin héme aquí, bellísima. Regina.

—Cuánto lo deseaba, dijo la hermosa cortesana, abandonando el brazo de su compañero, que lanzó una mirada colérica, pero disimulada á Fernando, y apoyándose en el del jóven, que con-

voluso de entusiasmo y amor, se alejó con ella hasta el final de la galería que circundaba el salón.

—¡Oh! aquí estamos un poco más solos, mi Regina, exclamó Fernando contemplándola con pasión.

—¿Por qué no has hablado á mi hermano, dijo doña Regina.

—Ya lo sabes, porque por mas que ese hombre sea tu hermano, no puedo sufrir hablar con él, no se que tiene su rostro que me repugna, me parece que algun dia debe hacerme un mal grave.

—Es en efecto un hombre malo, dijo doña Regina con marcada intencion de que estas palabras hiciesen impresion en el ánimo del joven.

Este en efecto preguntó con sorpresa:

—¿Es un hombre malo? ¿acaso te ha causado mal alguna vez Regina de mi vida?

—¡Oh! dijo doña Regina, dejándose caer sobre uno de los sillones que adornaban la desierta galería, y llevando su blanco pañuelo á los ojos para finjir que lloraba ¡oh! ¡mucho! ¡mucho!

Fernando cayó delirante á sus piés, besando la orla de su vestido primero y despues una de sus manos con frenesí, á riesgo de ser visto por alguno de los concurrentes, que acalorados ó fatigados salian del salón á tomar aire en los corredores.

—¡Oh! mi Regina, exclamaba, dime, dímelo todo, para vengarte; pero no llores con ese llanto que yo quisiera recoger de rodillas.

Al cabo de un momento la cortesana pareció consolarse.

Fernando se sentó junto de ella.

—¡Que triste estoy esta noche! murmuró aquella. Solo el deseo de verte me ha hecho venir á este baile.

Di, ¿qué es lo que puede aflijirte Regina, cuando te vez tan hermosa, tan rica y amada con tanta idolatría?

—¿Quien sabe si mañana que mi hermosura ó mi brillo haya acabado, cesará ese amor? ¿quien sabe si es un simple capricho y no una verdadera pasión como la que yo alimento por tí? Fernando, dijo la impura cortesana.

—¿Dudas acaso de mi amor, Regina de mi corazón? ¿No sa-

bes que por tí he abandonado todo y que ha seis meses estoy enloquecido, porque has dicho una vez que me amabas?

—Es cierto, mas. . .

—Mira, yo he dejado en mi país una jóven que me amaba y aun me espera; pero una vez te he visto Regina, y la he olvidado y no la veré mas; ha seis meses que vivo solo para adorarte aunque en este tiempo solo pocas ocasiones me has permitido penetrar en el santuario donde habitas; pero en cambio, te he seguido en la córte, en los paseos, he seguido tu carruaje, he permanecido noches enteras frente á tus balcones, para ver tu imágen adorada detrás de las vidrieras.

—Mil veces te he dicho que no podia verte como deseaba, porque ese mi hermano no fuera á comprender algo de lo que pasaba y yo le ocultaba con todo cuidado, temiendo su terrible enojo, dijo doña Regina con un aire de sencillez y hasta de candor, digno de una niña que nunca ha salido al mundo, digno de la inocente y desgraciada Clemencia.

—Por acceder á tu deseo, me he ocultado á su vista muy á mi pesar, siempre que él te acompañaba.

Y sin embargo, esta noche ha debido comprenderlo todo por tu inesperienza.

—¿Y que resultaria de eso?

—Mi ruina.

—No ciertamente, mientras lata en mi pecho un corazón inflamado por tu amor, mientras mi mano pueda manejar una espada ó lanzar una bala al corazón del que osare ultrajarte.

—¡Oh! soy muy desgraciada.

—¡Alma mia! ábreme tu corazón, revélale al mio tu pasado en esta noche en que todos se alegran, pero yo sufro al verte sufrir exclamó Fernando.

—¿Pero no me aborrecerás si te descubro un secreto terrible del que depende mi vida y que hasta aquí te habia ocultado mi Fernando? dijo Regina con una dulce languidez, que se parecia mucho á la de una jóven inocente, que sintiéndose débil para combatir contra las asechanzas del mundo, se ampara bajo la protección del omado de su corazón,

—¿Un secreto?

—Sí, un secreto terrible.

—¿Y me lo habías ocultado Regina, lo habías ocultado al hombre que te amaba con toda su vida?

—¡Oh! ya ves, eso te indigna ¿que harías entonces cuando lo supieras? dijo Regina asustada.

—No, no me indigno Regina; pero siento profundamente esa ingratitud de tu amor.

—¿Y me perdonarás por mas horrible que sea lo que voy á decirte?

¡Oh! yo tengo que demandarte perdon, porque te has bajado tú tan bella, tan noble, tan rica, hasta mí, pobre soldado que no poseo otro tesoro que mi espada.

—Sin embargo, observó tímidamente doña Regina; lo que voy á decirte bien merece suplicar antes el perdon.

—Pues te perdono, doña Regina, te perdono antes de escucharte.

—¿Me lo juras?

—Lo juro.

—¿Por mas horrible que sea?

—Por mas horrible que sea, exclamó Fernando, despues de un momento de vacilacion.

Doña Regina, vaciló á su vez un momento, preguntando.

—¿Estamos solos?

—Perfectamente solos; este es el final del corredor y los que salgan del salon es difícil que lleguen hasta aquí.

—¡Oh! Dios mio, estoy espuesta á que me vean á tu lado y murmuren de mí; pero ¿qué importa? si al fin te amo, Fernando y todo te lo sacrifico, mi honor, mi reputacion, mi vida entera.

—Gracias, gracias, ¡alma mia!

Pareció vacilar de nuevo doña Regina, como si lo que iba á revelar fuera una cosa que le causase violencia.

—¿Por qué temes? ¿no te he jurado ya que te disculparia? dijo el jóven con acento de dulce reconvencion.

Por fin al cabo de un momento, pareció resolverse la hermosa señora y dijo en voz tan baja, tan baja, como si ella misma temiese escucharse.

—Ese hombre que me acompaña esta noche al baile y á

quien te he suplicado ocultes nuestro amor, ese hombre que siempre me acompaña en público.... ese hombre....

—¿Ese hombre?

—No es mi hermano.

—¿No es tu hermano?

—No.

—¡Maldicion! dijo Fernando, poniéndose de pié y llevando sus manos á su frente con espresion de profunda desesperacion.

Sin embargo, como si doña Regina hubiese calculado el efecto de sus palabras sobre el ánimo del jóven, permaneció en silencio, lanzando oblicuas pero seguras miradas.

Y como si el jóven se hubiese arrepentido de su accion luego que hubo pasado la primera impresion de su dolor, volvió á dejarse caer sobre el sofá y murmuró con dulce acento.

—Sigue; Regina, sigue.

Esta juntó las manos en actitud suplicante y prosiguió diciendole en voz baja.

—Yo vivia en un pueblecito de Francia, alegre y dichosa al lado de mis padres.

—¿Cuanto tiempo há?

—Frontó hará cuatro años.

—Antes de seguir, antes de revelarme la que sospecho; dime aún una vez que me amas Regina, y que si en tu pasado hay un abismo, tu presente me pertenece desde este momento, dijo melancólicamente el jóven.

—Te amo, Fernando, te idolatro y lo que te está probando mas mi cariño es esta revelacion, que yo lo tenia necesidad de hacerte y que sin embargo te hago, porque nada quiero ocultar á quien adoro, ni aun mis crímenes involuntarios.

—Prosigue, Regina.

—Nada faltaba á mi vida ni á mi corazon al lado de mis honrados padres; pero un hombre rico de la ciudad, me vió y codició mi hermosura. Durante algun tiempo rondó mi casa y logró hacer llegar á mis manos algunos billetes, en los que me proponia abandonar á mis padres, para huir con él y seguirle á la

corte, donde habitaria todo el tiempo que quisiese en su palacio y donde tendria todo lo que desease.

—¡Miserable!

—Guardé silencio sobre sus primeros billetes durante algun tiempo, amenazándole solamente con avisar á mis padres si los volvía á repetir y esta amenaza pareció enfriar el fuego de su persecucion, porque durante algun tiempo no le volví á ver mas en la aldea.

Fernando escuchaba con toda su atencion, oyéndose solo en el silencio los latidos de su agitado corazon y los ecos lejanos de los ruidos del baile.

Doña Regina prosiguió entre sollozos.

—Pero una noche....

—¿Una noche?

—Una noche, despues de cenar sentí tan abrumada mi cabeza por un sueño tan imperioso, que me retiré para dormir á mi cuarto, porque no podia tenerme en pié.

—¿Acostumbrabas entonces dormirte inmediatamente despues de cenar?

Por el contrario, permaneciamos mas de una hora en el hogar platicando familiarmente; pero esa noche creí que estaria un poco enferma, porque el té que acostumbraba tomar despues de la cena, me habia parecido de un sabor muy amargo,

—¿Pero quién....?

—Mis padres habian recibido dos dias antes en calidad de criada, á una jóven que les habia suplicado le diesen un albergue, porque sus padres habian muerto en la ciudad y ella se encontraba espuesta á todo el horror de la miseria y de la prostitucion.

—¿Qué mas? Regina.

—Mi cuarto estaba en el fondo de la casa y tenia una ventana baja de madera que daba al campo.

—¡Dios mio!

—Ni tiempo tuve para acabar de desnudarme, porque el sopor que sentia me aplomó sobre el lecho y no tardé en dormirme profundamente.

Fernando se enjugó el sudor que inundaba su frente.

Doña Regina, haciendo un esfuerzo doloroso, continuó:

—No sé qué tiempo habria trascurrido desde que me durmiera, cuando me pareció oír un ruido terrible en la ventana.

—¿Un ruido?

—Despues, me pareció sentir que me estrechaban con fuerza y me levantaban en peso.

—¡Dios mio! ¡Dios mio!

—Pero yo no podia moverme y un grito que quise articular se ahogó en mi garganta.

—¡Desgraciada!

—Sentí en mi rostro una ráfaga de viento del campo y conocí que me conducian fuera de mi cuarto; pero no pude hacer otra cosa que agitarme en mi impotencia y luego ¿quién me podría ausiliar en medio de una aldea á horas tan avanzadas de la noche?

—Sí, sí; ¿y despues?

—Los que me conducian hubieron de temer, porque se apresuraron á llevarme á otro sitio. Sentí que me dejaban caer en un asiento y me pareció oír un murmullo semejante al de un coche rodando sobre el camino.

Doña Regina hizo una pausa y luego continuó:

—Sentí sobre mi seno el contacto de impuras caricias y una excitacion terrible del pudor me hizo dar un grito y medio despertar de aquella pesadilla espantosa.

—¡Ah!

—No pude reconocer los rostros de los que iban conmigo dentro del carruaje porque la noche era oscurísima; pero con una sola mirada al través de los vidrios, creí ver una de las cabañas que se hallaban cerca de la carretera de Paris.

—¿Y luego?

—Mi vuelta en sí les sobresaltó mucho, porque abrieron mi boea con fuerza y en ella dejaron caer unas gotas que me ví obligada á tragar, sintiendo el mismo sabor particular que habia experimentado pocas horas antes al tomar el té.

Entonces no sé ya lo que fué de mí.

Doña Regina llevó su pañuelo á los ojos sollozando dolorosamente.

Fernando, pálido por la emoción y el respeto que le inspiraba aquella mujer tan virtuosa y tan desgraciada, no se atrevía á interrumpir su dolor.

A lo lejos sonaban los dulces acentos de la música y el eco alegre de los convidados.

Pero si Fernando hubiera tenido cabeza para ello, habría observado en el otro corredor, frente al que se hallaba con doña Regina, á un hombre que no perdía uno solo de sus movimientos

Era don Juan.

XVIII.

LA REALIDAD.

Al cabo de un momento doña Regina levantó la cabeza, enjugó sus lágrimas y continuó:

—No sé cuánto tiempo permanecí dormida en el carruaje. Cuando volví en mí me encontré acostada en un suntuoso lecho de una suntuosa habitación.

A mi lado había un hombre que me acariciaba.

Al ver su rostro pálido y su fatal sonrisa, dí un grito y me desmayé.

—¿Ese hombre?

—Ese hombre era mi perseguidor antiguo, el que me había aconsejado huir con él y que se había valido de un poderoso narcótico, vertido en mi bebida por la miserable mujer á quien mis padres habían recibido, para arrancarme del hogar doméstico, asilo sagrado para mí y para arrancarme la honra mientras dormía.

Porque bien comprenderás que estaba deshonrada, Fernando:

—Sí, lo comprendo, Regina.

—¿Y me perdonas?